

Una noche normal

Tuve que acompañar durante largas horas a un familiar a la Urgencia del Hospital El Salvador. Ocurrió en la noche del viernes y toda la madrugada, hasta la mañana del sábado pasado. Salvo para los enfermos o accidentados, se trató de una noche normal en la vida cotidiana de la RM. La oportunidad me regaló la posibilidad de aquilatar, una vez más, la situación en materia de salud que experimenta la gran mayoría de la población: precaria es una palabra amable para describirla.

Es justo partir diciendo que lo más destacable, con diferencia, es el esfuerzo que realizan los equipos profesionales por otorgar una atención que resuelva los apremios, muchos graves, que enfrentan los pacientes. Además, en general, con buena disposición y trato; no sin alguna excepción de rudeza o marcada indiferencia. Todo esto, acontece en condiciones materiales abiertamente desfavorables, partiendo por los espacios físicos. La infraestructura es francamente insuficiente, la carencia de camillas, de boxes, y capacidad de aislamiento efectiva es conmovedora. La mayoría de los denominados "box" no son más que unas antiguas, mal tenidas e incómodas sillas de sala de espera, pegadas una a la otras, numeradas en papel de impresora en las murallas, donde circulan sin pausa compañeros ocasionales de padecimientos. Allí, las personas pasan larguísimas horas esperando cumplir las diversas etapas de sus respectivos tratamientos, teniendo ahí mismo sus tomas de muestras sanguíneas, recibiendo las dosis de sueros o nebulizaciones indicadas, siendo inyectados con los fármacos prescritos e incluso transfundidos de sangre. De paso, sufren una ventilación que funciona por apertura de ventanales, la que somete directamente a "chiflones" fríos a los aquejados. No pocas entre ellas, esperan otras tantas horas para poder ser hospitalizadas, en medio de dolores, inflamaciones o toses porque, lisa y llanamente, no hay una sola cama disponible en todo el establecimiento donde acomodar a quienes deben ser trasladados para un proceso de cirugía o terapia de más largo aliento.

Ni hablar de las condiciones estéticas: estas son deplorables; transmiten una impresión de obsolescencia, descuido, desorden, hasta de suciedad, cuestión esta última nada secundaria en un recinto hospitalario. Los baños, a veces debidamente limpios, no tienen tapas, ni siquiera asientos. ¡Qué más decir! Francamente, desolador, lúgubre, sórdido.

¿Esta es la salud de Chile? ¿Se trata de un problema de cantidad de recursos o de gestión de aquellos? ¿Llegan los impuestos a su destino de modo eficaz y eficiente o se fugan en el camino por efectos de la burocracia, la displicencia o la venalidad? Qué doloroso resulta observar, al mismo tiempo, cómo los corruptos se llevan, a vista y paciencia de todos, los recursos por millones (de dólares); o congresistas que ofrecen espectáculos despreciables por obtener una "cuotita de poder", mientras hay tanta necesidad de servicio digno a la ciudadanía. ¡No hay moral!

Opinión

Edición papel digital

La irradiación del temor

Magdalena Browne

Decana Comunicaciones y Periodismo UAI, Socióloga e investigadora LEAS UAI



La última Encuesta Bicentenario de la Universidad Católica mostró una mirada sombría de los chilenos respecto a la sociedad y su entorno. Entre las diversas corrientes de opinión detectadas en el estudio, una merece especial atención por sus efectos: el aumento de la preocupación y del temor frente al delito. Ya antes otras investigaciones habían ilustrado esta situación. A fines del año pasado, tanto Fundación Paz Ciudadana como la encuesta ENUSC del INE presentaron los registros más altos desde que miden este fenómeno, en horizontes de tiempo de 23 y 10 años, respectivamente.

A partir de investigación anterior (Scherman y Etchegaray, 2013; Browne y Valenzuela, 2018), se puede presumir que el progresivo incremento de los delitos más violentos –como los homicidios– podría ser un factor multiplicador del temor, pues este tipo de crímenes recibe mayor atención ciudadana y de los medios de comunicación, “resonando” así en forma persistente y prominente en las conversaciones cotidianas de las personas.

El temor está relacionado tanto con la percepción de la probabilidad de ser víctima de un delito como con la autopercepción de vulnerabilidad –qué tan frágiles y con qué nivel de control nos visualizamos frente a un evento delictivo–, algo que está desigualmente distribuido en nuestro país: son las mujeres, los de más edad y los grupos de menores ingresos, los que siempre se declaran más temerosos. La sensación de temor se enraíza así en la baja confianza en la eficacia de los dispositivos institucionales de prevención, defensa y control disponibles.

Para la política pública, la irradiación del temor es un problema en sí mismo, especialmente en América Latina (Dammert, 2012). Variada investigación internacional (Lee et al., 2020) da cuenta que el miedo repercute en la calidad de vida de las personas –por ejemplo, en la restricción de movilidad, abandono de espacios públicos, aumento de la segregación urbana, incremento del estrés, ansiedad y aislamiento. Un alto temor puede también deteriorar el capital social, debido al fortalecimiento de actitudes negativas asociadas a la desconfianza interpersonal, en particular frente a desconocidos de distinto origen social, cultural o nacionalidad.

Los temores deben ser encauzados debidamente por el sistema institucional. No pueden quedar a merced de los vaivenes electorales, terreno fértil para proclamar medidas “efectistas” contra el crimen. Ni menos dejarlos en manos de liderazgos autoritarios que se nutren de la rabia y culpabilizan a grupos sociales enteros con diagnósticos maniqueos. Como plantea la filósofa Martha Nussbaum, la exacerbación de la retórica simplificadora del miedo tiene su efecto en la democracia: divide, inmoviliza e impide la cooperación. Pero, sobre todo, desenfoca. No permite construir una política seria y contundente contra el crimen y la propagación del temor, pues dificulta cimentar su pilar fundamental: el acuerdo y la articulación transversal del Estado y de todo el espectro político, para generar un sistema coherente, basado en evidencias, con estrategias realmente efectivas en el largo plazo.

Una noche normal

Álvaro Pezoa

Ingeniero comercial y doctor en Filosofía



Tuve que acompañar durante largas horas a un familiar a la Urgencia del Hospital El Salvador. Ocurrió en la noche del viernes y toda la madrugada, hasta la mañana del sábado pasado. Salvo para los enfermos o accidentados, se trató de una noche normal en la vida cotidiana de la RM. La oportunidad me regaló la posibilidad de aquilatar, una vez más, la situación en materia de salud que experimenta la gran mayoría de la población: precaria es una palabra amable para describirla.

Es justo partir diciendo que lo más destacable, con diferencia, es el esfuerzo que realizan los equipos profesionales por otorgar una atención que resuelva los apremios, muchos graves, que enfrentan los pacientes. Además, en general, con buena disposición y trato; no sin alguna excepción de rudeza o marcada indiferencia. Todo esto, acontece en condiciones materiales abiertamente desfavorables, partiendo por los espacios físicos. La infraestructura es francamente insuficiente, la carencia de camillas, de boxes, y capacidad de aislamiento efectiva es conmovedora. La mayoría de los denominados “box” no son más que unas antiguas, mal tenidas e incómodas sillas de sala de espera, pegadas una a la otra, numeradas en papel de impresora en las murallas, donde circulan sin pausa compañeros ocasionales de padecimientos. Allí, las personas pasan larguísimas horas esperando cumplir las diversas etapas de sus respectivos tratamientos, teniendo ahí mismo sus tomas de muestras sanguíneas, recibiendo las dosis de sueros o nebulizaciones indicadas, siendo inyectados con los fármacos prescritos e incluso transfundidos de sangre. De paso, sufren una ventilación que funciona por apertura de ventanales, la que somete directamente a “chiflones” fríos a los aquejados. No pocas entre ellas, esperan otras tantas horas para poder ser hospitalizadas, en medio de dolores, inflamaciones o toses porque, lisa y llanamente, no hay una sola cama disponible en todo el establecimiento donde acomodar a quienes deben ser trasladados para un proceso de cirugía o terapia de más largo aliento.

Ni hablar de las condiciones estéticas: estas son deplorables; transmiten una impresión de obsolescencia, descuido, desorden, hasta de suciedad, cuestión esta última nada secundaria en un recinto hospitalario. Los baños, a veces debidamente limpios, no tienen tapas, ni siquiera asientos. ¡Qué más decir! Francamente, desolador, lúgubre, sórdido.

¿Esta es la salud de Chile? ¿Se trata de un problema de cantidad de recursos o de gestión de aquellos? ¿Llegan los impuestos a su destino de modo eficaz y eficiente o se fugan en el camino por efectos de la burocracia, la displicencia o la venalidad? Qué doloroso resulta observar, al mismo tiempo, cómo los corruptos se llevan, a vista y paciencia de todos, los recursos por millones (de dólares); o congresistas que ofrecen espectáculos despreciables por obtener una “cuotita de poder”, mientras hay tanta necesidad de servicio digno a la ciudadanía. ¡No hay moral!

L latercera.com

Declaración de intereses en www.grupocopesa.cl/declaracion
Impreso en Santiago por Copesa S.A.

Atención a suscriptores en sucursal virtual: <http://sucursalvirtual.latercera.com>



SANTIAGO DE CHILE | AÑO 72

SU OPINIÓN IMPORTA

Envíe sus objeciones al contenido de cobertura del diario a lector@latercera.com

Envíe sus cartas, con una extensión máxima de 1400 caracteres con espacios a:

Email: correo@la.tercera.cl
Avenida Apoquindo 4660, Santiago. La Tercera se reserva el derecho a editar los textos y ajustarlos conforme a sus estándares editoriales, en particular respecto a la exigencia de un lenguaje respetuoso y sin descalificaciones. Las cartas recibidas no serán devueltas.

ESPACIO ABIERTO

No es fragmentación, es personalismo

Javier Sajuria

Profesor de Ciencia Política
Queen Mary University



El debate sobre el sistema político nunca es uno de esos temas que mueven la agenda noticiosa ni que aparecen de manera prominente en los noticieros. Al contrario, es considerado un tema árido y lejano. Eso ha permitido que algunos aprovechen la falta de interés para promover medidas poco sensatas, bajo supuestos irrealistas. Por otra parte, varios actores políticos parecen tener urgencia en sacarse el tema de encima, con propuestas que ignoran la evidencia. Así, hemos terminado discutiendo una dicotomía fal-

sa entre fragmentación y gobernabilidad, en vez de conversar sobre el principal problema: el excesivo personalismo de nuestra política.

Partamos por algunos conceptos básicos. Los sistemas políticos son un conjunto de políticas que funcionan coordinadamente, como si fuesen engranajes del mismo motor. No existe una fórmula mágica o una medida única que pueda resolver todos los problemas de esta sala de máquinas. Si ya es difícil ponerse de acuerdo sobre cuáles son los engranajes que fallan, es mucho más difícil determinar cuáles hay que cambiar. Y muchas veces la respuesta consiste en que quienes tienen poder, sepan perderlo. Hemos escuchado últimamente a quienes creen que con cambiar una sola pieza –por ejemplo, incorporar umbral a los partidos para entrar al Congreso– basta para resolver los problemas. Sin embargo, esas soluciones suelen ser insuficientes, e incluso generar más daño.

Por otro lado, el sistema electoral chileno tiene una particularidad que lo hace impopular: votamos por personas, pero los cupos en el Congreso se les asignan a las listas. El resultado es evidente: personas electas con menos votos que quienes quedan afuera, además de candidatos que se creen dueños de los votos y los ocupan para obtener retribuciones de su partido.

Por último, hemos escuchado un supuesto chivo expiatorio: la fragmentación, o el crecien-

te número de partidos en el Congreso. Si bien es evidente que estos han aumentado, la evidencia en Chile y en el resto del mundo pone en duda la obsesión con culpar a la fragmentación de los problemas de gobernabilidad. Es cierto que cada día es más difícil coordinarse en el Congreso, pero eso no se debe a la proliferación de partidos, sino que a su ineficacia para coordinar a sus representantes. La falta de disciplina y coherencia interna los vuelve simples vehículos electorales: permiten llegar a destino, pero estorban a la hora de continuar. Con partidos llenos de caudillos que se creen dueños de sus votos, da un poco lo mismo si tenemos 2 o 15 partidos. Mientras no tengan la capacidad interna de coordinarse, seguirán siendo un cascarón vacío de contenido y coherencia.

Incluso poniéndonos de acuerdo sobre este diagnóstico, no es tan claro cómo solucionar el problema. Algunos hemos propuesto medidas que tienen historia en países de la región, como la eliminación de las listas electorales, la conformación de listas cerradas y mayor poder disciplinario a los partidos. Pero nada de eso le gusta a quienes tienen que hacer estas reformas, ya que a nadie le gusta autorregularse para perder poder. Constatar esta complejidad es parte del trabajo de la ciencia política, la disciplina que estudia estos temas. La misma que ha sido latamente ignorada en esta discusión.